

El laicismo como bien común

¿Qué es el laicismo?

La palabra “laicismo” procede del sustantivo griego “laos”, que significa “pueblo” y hace referencia al pueblo como unidad, excluyendo cualquier tipo de privilegio y la formación de diferentes categorías de ciudadanos en razón de su opción espiritual. Por laicismo se entiende, pues, la voluntad de construir una sociedad justa, progresista y fraternal, dotada de instituciones públicas imparciales, que garanticen la dignidad de la persona y los derechos humanos.

Tres principios básicos

El laicismo conlleva un ideal universalista de organización de la sociedad y se fundamenta sobre tres principios básicos:

1. **La libertad de conciencia ligada a la emancipación personal**, es decir, todas las personas son libres para elegir la opción espiritual (religiosa o no) que deseen y nadie puede ser obligado a tener unas creencias determinadas.

2. **La igualdad de todos los ciudadanos ante la ley** sin distinción de origen, sexo o convicción espiritual. Las instituciones públicas no pueden privilegiar ninguna opción espiritual sobre otra y deben asegurar la libertad de pensamiento. Las opciones confesionales o no confesionales corresponden exclusivamente a la esfera privada de las personas.

3. **La referencia al interés general, como única razón de ser** de la organización de cualquier sociedad. La laicidad consiste en liberar al espacio público de toda influencia ejercida en nombre de una religión o de una ideología particular. El espacio laico no es pluriconfesional, sino auténticamente aconfesional. De este modo, todos los seres humanos pueden reconocerse y encontrarse en él.

Valores del laicismo

El laicismo defiende una serie de valores fuertemente anclados en un humanismo universal. No se confunde por tanto con una indiferencia general o un relativismo que se muestra imparcial entre lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso. Ésta es una confusión interesada y propagada por algunas organizaciones religiosas que no se resignan a perder sus privilegios y buscan el desprestigio de quienes defienden una sociedad laica.

Los principales valores del humanismo laico, en clara relación con los derechos universales de las personas, son la emancipación individual y colectiva, la responsabilidad, la tolerancia, el respeto a la diversidad, el rechazo a la exclusión y la solidaridad.

Laicismo y anticlericalismo

Otra confusión inducida por distintas confesiones religiosas y medios de comunicación afines es considerar que el laicismo es igual a anticlericalismo. Como ya se ha señalado, el laicismo supone el respeto a las personas tanto creyentes, como agnósticas o ateas. En este sentido no está en contra de ninguna iglesia, siempre que éstas no intenten imponer sus dogmas particulares al conjunto de la ciudadanía ni invadir ese espacio común de libertad y autonomía. El laicismo no supone un discurso anticlerical, aunque el análisis de la historia del clero (salvo excepciones) pudiera justificarlo en tanto en cuanto se ha opuesto en gran medida a toda idea de progreso intelectual y emancipación social.

Laicismo y escuela

El control de las conciencias a través de la escuela siempre ha sido un caballo de batalla de las religiones para, de este modo, asegurarse el número de sus fieles, la continuidad de sus privilegios y el ejercicio del poder en una sociedad dada. Sin embargo, la escuela debe ser un espacio común que no puede ser invadido por dogmas particulares de ningún tipo. La educación debe buscar el desarrollo de la conciencia crítica de niños y niñas a través de la enseñanza de verdades verificables y valores universales. La defensa de una escuela laica en nada supone un repudio del sentimiento religioso, pero la enseñanza de cualquier religión debe estar fuera de este espacio público.

La nueva ley de libertad religiosa

El gobierno socialista está elaborando una nueva “ley de libertad religiosa”. Su propio nombre ya supone que no va a tratarse de una ley que respete el laicismo, ya que no tiene en cuenta a todas las personas que no profesan ninguna fe religiosa y antepone una opción espiritual –la creencia en una religión determinada- frente a otras opciones agnósticas o ateas. Un nombre más apropiado debería ser “Ley de libertad de conciencia y pensamiento” y el contenido de esta ley no debería extender los privilegios que hasta ahora ha tenido la iglesia católica a otras religiones que se van implantando en este país, sino derogar todas las prebendas religiosas existentes (concordatos, conciertos educativos, IRPF...).

Es evidente que durante siglos el fenómeno religioso se ha impuesto a la sociedad civil sin posibilidad de contestación. En estos momentos es posible cuestionar la imposición de las manifestaciones religiosas al conjunto de la ciudadanía. Lo laico, es decir, lo común, está lleno de valores humanos y tiene sentido en sí mismo como fuente de cohesión social y solidaridad. Por ello es necesario reivindicar el laicismo para construir una sociedad basada en la experiencia humana, con exclusión de su espacio público de toda referencia confesional, dogmática o sobrenatural, y que tienda a la emancipación de la ciudadanía.